



AGENDA DE PODER

El corralito y el altar



POR HUMBERTO
BLIZZARD
@METOBLIZZARD

Aunque el evento del pasado fin de semana en el Zócalo capitalino, estrictamente hablando, era para rendir el informe de labores del primer año de la actual administración federal, lo cierto es que lo ocurrido en el llamado "corazón de la República" fue más bien un acto cargado de simbolismo. Símbolos de la presidenta Claudia Sheinbaum.

Apenas hace siete meses, en el evento masivo en la Plaza de la Constitución, se dio el desaire de Andrés Manuel López Beltrán, Adán Augusto López, Ricardo Monreal, Luisa María Alcalde y Manuel Velasco hacia la mandataria, donde —por más que busquen justificaciones— terminó siendo un acto de ninguneo para Sheinbaum: la escena en que los mencionados ignoran su paso por estar "distráidos" tomándose una selfie.

Era marzo de este año. Claudia apenas tenía 150 días en el cargo y la sensación de que su gobierno solo era un apéndice de López Obrador permeaba en todas partes. El desdén del Zócalo, sobre todo viniendo de personajes incrustados hasta el día de hoy por AMLO, solo alimentó ese sentimiento.

Pero, de alguna forma, aquel episodio terminó siendo un punto de quiebre. Y lo que vimos este pasado fin de semana lo deja de

Aunque el evento del pasado fin de semana en el Zócalo capitalino, estrictamente hablando, era para rendir el informe de labores del primer

Mientras que personajes como los gobernadores presentes —incluidos algunos de oposición— fueron sentados en primera fila, los "distráidos" de marzo fueron relegados a un "corralito": una sección de segunda donde, ahora sí, no importaba si el paso de la presidenta los sorprendía distraídos: la valla que los separaba del templete hacía imposible acercarse a la mandataria

manifiesto. Mientras que personajes como los gobernadores presentes —incluidos algunos de oposición— fueron sentados en primera fila, los "distráidos" de marzo fueron relegados a un "corralito": una sección de segunda donde, ahora sí, no importaba si el paso de la presidenta los sorprendía distraídos: la valla que los separaba del templete hacía imposible acercarse a la mandataria.

Fue, sin duda, un tremendo manotazo sobre la mesa. Más que una "venganza" por lo ocurrido siete meses atrás, el relegar a estos personajes a una segunda división en el evento del Zócalo tiene un mensaje duro, pero directo. Un mensaje sin espacio para la ambigüedad: Claudia Sheinbaum, sin decirlo con palabras, lo dijo con todas sus letras: "aquí, la presidenta soy yo."

Y la mejor prueba de ello es que, al inicio de su discurso, Claudia dedicó más de cinco minutos, los primeros de su discurso, a hablar y a alabar a López Obrador. El hecho termina resultando en un exceso pues a más de un año después de dejar el poder, seguir dedicando tanto tiempo a vitorear al expresidente parece elevarlo a un grado casi divino, más allá de su solo liderazgo moral. Algo similar a lo que ocurre, por ejemplo, en Venezuela con Chávez y Maduro —guardando toda proporción—.

Pero este nivel de reverencia al tabasqueño reconfirma que el relego de personajes obradoristas al "corralito" no fue un accidente. Deja claro que fue acción deliberada. No se trató de un simple gesto de buscar respeto hacia la investidura, sino de un golpe de autoridad. Adular así a Obrador tras torpedear a sus incondicionales es una forma de equilibrar: golpea, pero soba a la vez. Castiga por un lado y premia por el otro.



Leyendo a varios analistas y columnistas, esa estrategia de “golpear y sobar” tiene dos lecturas.

La primera, la más literal y que ya mencioné: Claudia busca equilibrar acciones con López Obrador, con quien —al menos hasta ahora— no puede romper del todo. Una especie de mensaje enviado hasta Palenque, Chiapas, donde la mandataria estaría diciéndole al tabasqueño que mantener la cercanía con personajes como Andrés

Manuel Jr. o Adán Augusto —uno ligado a escándalos de corrupción, el otro, a temas de delincuencia organizada— se vuelve insostenible. Y ojo al detalle: hablamos del hijo carnal y del hermano putativo del líder moral de la 4T.

En esta lectura podría ir, todavía más velado, otro mensaje adicional de Claudia hacia Obrador: que no solo ella sino, él mismo, debe soltar de la mano a esos personajes, al menos política y mediáticamente. Que entienda que su permanencia en la primera línea de Morena y de la llamada Cuarta Transformación no hace más que dañar y abollar el legado obradorista.

Pero hay una segunda lectura, una posibilidad que —aunque similar— tiene un matiz clave. En este escenario, Claudia, en efecto, golpearía por un lado y apapacharía por el otro, pero el apapacho no iría pre-

cisamente para López Obrador, sino para las bases, para el movimiento, para la sociedad. Sheinbaum entiende que, más allá de lo político, romper abiertamente con López Obrador resulta imposible por la afectación que le provocaría en la opinión pública. Hacerlo tendría un costo altísimo, pues como ha quedado claro, Obrador se ha vuelto una figura de culto, una especie de héroe con tintes de divinidad. La 4T nació en torno a su figura y en torno a esa misma figura ha obtenido los resultados que ha obtenido, incluida la llegada de Sheinbaum a la presidencia. El cálculo de la actual mandataria —al alabar en su evento del Zócalo con ese grado casi de devoción a López Obrador— podría ser más un acto mediático, de imagen o de propaganda, que una señal política para el expresidente.

Esta segunda posibilidad se antoja menos probable, pues implicaría que el rompimiento total entre Sheinbaum y Obrador ya habría comenzado. Y aunque no es un escenario que pueda descartarse, me parece que, a un año de iniciado su gobierno y con la espada de Damocles sobre ella —en forma de “revocación de mandato” en apenas dos años—, se antoja complicado, por ahora.

Pero algo es muy cierto: sea por la razón que sea, el evento del Zócalo del fin de semana deja en claro dos cosas: Claudia Sheinbaum sigue haciendo política y mantendrá —por gusto o por necesidad— el culto a López Obrador. Pero, al mismo tiempo, la unión entre ambos personajes ya no es total. El rompimiento, poco a poco, avanza...

Nos vemos la próxima semana. Tenemos una cita con el poder.

Agendado.